

informes del Archivo Técnico

Con el arqueólogo Héctor Gálvez. Un rescate en Chimalhuacán*

*Ana María Crespo***

En la década de los años sesenta, la Dirección de Monumentos Prehispánicos, me recordaba las oficinas de aduanas de mi niñez en Matamoros, no sólo por la austeridad del mobiliario y su aspecto desaliñado, sino por los personajes que por ahí deambulaban, generalmente vestidos de beige (caquí decíamos en el norte), calzando botas y paliacate al cuello. Entre ellos se destacaba la figura maciza y alta de Héctor Gálvez —el *Gordo Gálvez*—, quien andaría en la treintena, era más bien trigueño, de grandes ojos cafés, bigote, malhablado y pendenciero; terror de la modosería femenina que también por ahí hacía presencia. Llegué a ese sucedáneo de aduanas por una beca de la ENAH y con la anuencia del maestro Piña Chán.

Monumentos Prehispánicos en ese entonces era también el reducto de los “piramidiotas”, fracción de la arqueología mexicana ostensiblemente despreciada por el ala científica de la misma, que tenía a su vez sus cuarteles en el no menos lóbrego edificio de Moneda. Un representante epónimo de dichos “piramidiotas” era Gálvez, quien por supuesto tenía a mucho orgullo el serlo. Las invectivas que dirigía a la otra fracción

ocupaban buena parte de su tiempo libre. Piña Chán lo tenía en gran consideración y a su vez, él correspondía con un gran afecto hacia el maestro. Se erigía a sí mismo como una especie de su lugarteniente. Mi primera comisión de trabajo en Prehispánicos fue la de ser ayudante de Héctor Gálvez en un rescate en Chimalhuacán.

Chimalhuacán en ese entonces daba inicio a su incontrolada expansión urbana, por lo que aún se percibía la laguna en las inmediaciones del basamento donde íbamos a trabajar; tules, gallaretas, ajolotes y demás fauna y flora acuática convertían en un cuadro cotidiano lo relatado en las crónicas. Los representantes del ayuntamiento, verdaderos descendientes de la antigua república de indios del lugar, recibieron solemnemente al director Piña Chán, al arqueólogo encargado del rescate y a su nerviosa ayudante. Su interés era el de salvaguardar el basamento y su tesoro, la serpiente esculpida en la roca madre, aún policromada, que desde la subestructura aparecía al centro de una especie de cueva, cavada en el edificio por los saqueadores.

Una vez que estuvieron reunidos los peones y las herramientas de trabajo listas, le hice ver a Gálvez mi firme determinación de no excavar, le ayudaría en todo, pero recomponer la pirámide, no. Se me quedó mirando y me dijo de inmediato que por supuesto que estaba de acuerdo,

* El arqueólogo Héctor Gálvez C., falleció en septiembre de 1975, mientras realizaba investigaciones en el estado de Sinaloa (José Ramírez, comunicación personal).

** Centro INAH Querétaro. anacres@prodigy.net

no iba a ser tan irresponsable de pedirme que hiciera algo de lo que yo no tenía ni idea. Que aplicara mis conocimientos escolares en lo que mejor pudiera en beneficio de la obra, ya me indicaría si era necesaria mi ayuda específica. Hice el croquis del antiguo edificio, vagué por los alrededores (prospección, según yo), platicué con los vecinos (etnografía aplicada o algo así); mientras, Gálvez y los trabajadores remendaban los estropicios que saqueadores y tiempo habían hecho sobre el edificio. Cuando hubo necesidad de sacar dos entierros que estaban casi a flor de tierra en la parte superior del edificio, me apliqué a hacerlo. Cierto que para limpiar los entierros me puse unos guantes *fuccia*, de mi elegante tía, que ante el azoro de Piña, al verme así equipada, no tuvo más que explicarle que eran para hacer rabiar a Gálvez.

El dispar equipo de arqueólogos que formábamos Héctor Gálvez y yo, no sólo por talla y género, sino por las diferencias en nuestro mutuo eclecticismo teórico, o algo así, no tuvo tropiezos en cuanto al interés y el gusto de ambos por el trabajo. Chimalhuacán fue mi primer desempeño “profesional” en arqueología y uno de los más placenteros que he realizado. Durante las semanas que ahí pasamos y en el camino diario por la Calzada Zaragoza, previa la compra de sus apreciadas “carnitas” —la revista *VEA*— donde sí se veían buenas mujeres, no las que le imponía el desempeño laboral, me relataba las historias más estrambóticas del medio, los trabajos espectaculares en que él y Piña, claro, habían intervenido y por supuesto, los argumentos que tenía para rechazar la forma de apreciar la arqueología de los “científicos”.

Mi aprendizaje entonces, en calidad de media cuchara, no fue por cierto excavar un edificio, sino reconocer a través de él hechos y persona-

jes del gremio, la opinión sobre los trabajos en Teotihuacan, Tula y Xochicalco, de Bernal, Acosta y César Sáenz, respectivamente. Asimismo conocer qué significaban los gringos en la arqueología maya y la distorsión que esta presencia acarrea a una escuela mexicana de arqueología. Las ínfulas de los que se iban a estudiar al extranjero y querían llegar a ejercer la segunda conquista. Las estrecheces económicas de siempre para llevar a cabo rescates en cualquier parte del país. Los representantes de las elites en el gremio. Un discurso que ahora entiendo que partía de un representante de una generación educada en el nacionalismo y sensible a las diferencias de estatus social.

Terminado el trabajo de campo, nos aplicamos de inmediato a hacer el informe; aún conservo mis notas en las que lamentablemente sólo encuentro medidas del largo, ancho y alto del basamento y poco de las conversaciones y aun de las observaciones del entorno de Chimalhuacán y su gente. Una lástima, pues lo que tengo presente en la memoria son sólo impresiones de aquel lugar, que asocio a uno de los grabados más conocidos de O’Higgins: un anciano inclinado ante un chichicuilote, ambos de perfil, en los términos de la laguna.

Después de rendido el informe ante Piña Chán, pasó el expediente al archivo de la oficina de Monumentos Prehispánicos, en donde el muy joven *Pepe* Ramírez empezaba a trabajar. Poco después Gálvez se fue a Sinaloa, los saqueos en la región estaban a la orden del día, había que proteger lo que se pudiera, y además con muy poco apoyo. No lo volví a ver, supimos después de su muerte. Yo sentí que se fue a desempeñar una tarea muy ingrata, estaba muy solo ¿con quién de su gremio podía compartir experiencias?